

entrevista Paolo Virno



SERGIO GOYA

Revolución, no; salir del Estado, sí

El filósofo y activista político Paolo Virno cree que es posible lograr una esfera pública por fuera del Estado, abandonando la vía revolucionaria. En esta entrevista habla del materialismo, del mal, de la naturaleza humana y del estado de excepción.

HECTOR PAVON
hpavon@clarin.com

Filósofo del lenguaje, activista en favor de una opción política y social por fuera de los brazos del Estado, Paolo Virno, pensador italiano, acaba de publicar *Ambivalencia de la multitud. Entre la innovación y la negatividad* (Tinta limón), donde analiza, entre otras cosas, el devenir de la multitud, sus flaquezas y su porvenir. Virno cuestiona el optimismo de los pensadores de la multitud (como Toni Negri), que no pensaron el mal inherente a este cuerpo colectivo, y por eso la plantea ambivalente.

Marx, Hobbes, Spinoza, Deleuze, Simondon forjaron sus ideas propias y moldearon el planteo de un materialismo que busca unir naturaleza e historia. Autor de *Gramática de la multitud*, comenzó a ser leído, aprobado y criticado en los círculos locales cuando relacionó las protestas argentinas de 2001 con los hechos de Seattle y Génova. Virno visitó Buenos Aires y Rosario por primera vez y conversó con diferentes públicos en un intenso recorrido que incluyó esta entrevista.

-Usted se hace una pregunta lógica-lingüística como centro de una investigación interesante que quisiera retomar: ¿Cuáles son los medios mentales que nos permiten cambiar nuestra forma de vida en el presente?

-Por ejemplo, dos capacidades estrechamente ligadas al lenguaje verbal. La capacidad de decir "no", y la de decir: "es posible que". La negación y la posibilidad son dos cosas inconcebibles fuera del lenguaje. Y decir no, quiere decir tomar distancias de lo que hay y por ende, suponer una posibilidad distinta. "Otro mundo es posible" porque puedo decir no. Estas dos capacidades son típicas sólo del animal humano, del animal lingüístico, y son también la base de la agresión más terrible entre nosotros: "usted no es un hombre". O, "es posible que domine a mis pares". Por eso, lo que en el fondo en el lenguaje griego se podría decir la raíz de la virtud, del comportamiento virtuoso, es la misma que la del comportamiento agresivo. El cambio de punto de vista políticamente se llama éxodo: paso de un estado inicial en el cual los judíos podían sólo someterse al faraón o sublevarse contra él. Pero vieron una tercera opción: salir de Egipto y construir una forma de comunidad.

-¿Exodo es una palabra que prefiere a revolución?

-Sí, porque la revolución tal como se concibió en los últimos 200 o 300 años comporta dirigir el Estado o construir uno nuevo. Creo que en la experiencia de la fuerza-trabajo contemporánea, en la de Internet por ejemplo, están todas las condiciones para prescindir de la máquina central que se llama Estado. Entonces, el éxodo es una idea de salida del paradigma del Estado, una construcción de una esfera pública no

estatal. Exodo es para mí un escalón más allá de la idea de revolución. La cuestión es construir instituciones de la esfera pública más allá del Estado.

-Usted se explaya sobre la peligrosidad del animal humano. Algo que esta era parece hacer más evidente. ¿Es posible atenuar esa peligrosidad?

-Cuando era un poco más joven, me afectaba el modelo del éxodo, la salida de Egipto. Ahora, lo que más me afecta son los lamentos en el desierto. Es decir, en el momento en que la multitud goza, da muestras de una terrible agresividad en su interior. Porque persiste el problema de la agresividad de ese animal pero que tiene una relación con la negación y la posibilidad. En el animal humano hay una forma de agresividad que llega al punto de decir: no sos de mi especie, no sos un hombre. Lo que Hegel llamaba el reconocimiento recíproco, en el caso de un perro, sabe siempre que ése es un perro, pero en el caso del hombre se puede llegar al punto de no reconocer como perteneciente a la misma especie. La institución de la multitud, las del éxodo deben encontrar el modo de contener esa agresividad. Pero no nos ilusionemos. Creer que, porque no exista el Estado, va a haber una bondad natural o un fin natural de la agresividad es un error. El problema es: ¿el Estado moderno es el mejor modo de contener la agresividad o se ha convertido en cierta medida en una causa desencadenante? La cuestión es aceptar la ambivalencia muy visible en el caso de la negación y la categoría de la posibilidad entre innovación y agresividad. Las instituciones del éxodo aceptan esa ambivalencia, saben que siempre habrá cierta oscilación. No dicen como Rousseau: el hombre es bueno por naturaleza, después la civilización o el Estado lo corrompieron. No, el hombre es por naturaleza muy, y siempre, agresivo porque es lingüístico. Pero lo que suscita su agresividad es también la raíz de su capacidad de innovación. El Estado moderno ¿qué hizo? Dijo: la agresividad está fuera de la sociedad civil y lo llamamos estado de naturaleza; la sociedad civil en cambio está regida por leyes que podrían garantizar la seguridad y el fin de la agresividad. El Estado moderno no pudo contener, mitigar, la agresividad natural del animal lingüístico.

-¿Y la "multitud" es capaz de contener esa agresividad?

-Yo no pienso que la multitud sea una criatura maravillosa que tiene la vocación del acuerdo, del entendimiento, del diálogo. Todas tonterías peligrosas y sin sentido. La multitud es la forma económica y política con que se manifiestan los riesgos de fondo de la naturaleza humana. Y esos riesgos son ambivalentes. Multitud en los 80 en Europa fue un conjunto de oportunistas y cínicos. Se manifestó de una forma muy fea. En EE.UU., multitud



VIRNO BASICO

NAPOLES 1952. FILOSOFO

Sus estudios están orientados a la filosofía del lenguaje y a la ética de la comunicación lingüística, sobre todo en lo referido a las formas de vida metropolitana de la modernidad posfordista. Enseña Ética de la comunicación y Filosofía del lenguaje en la universidad de Cosenza, Calabria. Escribió: *El recuerdo del presente; Palabras con palabras; Virtuosisimo y revolución*; entre otros.

Paolo Virno estuvo recientemente en Buenos Aires y Rosario. Presentó su libro *Ambivalencia de la multitud*.



eran los pobres que no tenían medios para salir de Nueva Orleans después de Katrina; una parte de ellos terminaron en el estadio Superdome. Allí había de todo: los débiles hicieron muchas cosas para dominar, incluso sexual y físicamente; a otros débiles. Esos son los lamentos en el desierto. Ninguna ilusión. Los teóricos de la multitud y del fin del Estado deben ser realistas y lúcidos. Esa agresividad puede y debe ser contenida, organizada, mitigada en instituciones distintas del Estado porque el Estado ha pasado a ser un multiplicador de la agresividad en vez de ser una medida de contención.

-Retomemos a Schmitt. ¿La soberanía política depende sólo del estado de excepción permanente y de la obligación de obediencia?

-El estado de excepción es como la base invisible de la soberanía. En el límite, puede no ser nunca declarado -como lo saben bien en este país-, pero aun así, es la base de la soberanía. El estado de excepción es un ámbito de experiencia en el cual no es posible distinguir las reglas de aplicación del derecho y de las cuestiones de hecho. El estado de excepción es sólo el momento en que el soberano recuerda que por debajo de las leyes y la obediencia hay una situación en la que no es sólida ni evidente la distinción entre normas y hechos. Y esta situación preliminar es la situación sobre la cual se basa la soberanía que, según Schmitt es el monopolio, no tanto de la fuerza sino de la decisión política. Y la decisión política en los casos extremos es la que cambia las reglas. Lo que cuenta no son sólo las normas, sino la posibilidad de modificarlas. La posibilidad de cambiar las reglas del poder normativo, es algo que pertenece en principio, a todos los individuos sociales. Todo se reduce a decir si ese monopolio debe seguir siendo o si puede ser disuelto, des-

ASI ESCRIBE

La naturaleza del mal

No es inteligente fruncir la nariz filosóficamente sofisticada frente a la grosera alternativa "hombre bueno por naturaleza", "hombre malo por naturaleza". El mismo Schmitt es consciente de tal grosería: utiliza esta simplificación escolar para evocar un trasfondo bio-antropológico que, sin tener nada que ver con ingenuas calificaciones morales, promueve no pocos rompecabezas teóricos. Pero no es inteligente fruncir la nariz además y sobre todo por otro motivo. Precisamente la aparente grosería, en efecto, ayuda a enunciar sin rodeos la hipótesis histórico naturalista que resulta verdaderamente interesante. Es la siguiente: la riesgosa inestabilidad del animal humano -el llamado mal, en resumen- no implica en absoluto la formación y el mantenimiento de aquel "supremo imperio" que es la soberanía estatal. El "radicalismo hostil al Estado" y al modo de producción capitalista, lejos de presuponer la innata mansedumbre de nuestra especie, puede encontrar su auténtico pedestal en el pleno reconocimiento del carácter "problemático", esto es, indefinido y potencial, del animal humano. La crítica del "monopolio de la decisión política", y en general de instituciones cuyas reglas funcionan como una compulsión a repetir, debe apoyarse precisamente en la constatación de que el hombre es "malo por naturaleza".

truido como tal. Porque el estado de excepción, tal como lo describe Schmitt, sería pensado como la situación normal cotidiana hoy en el sentido en que la posibilidad de modificar las reglas ya no es un recurso del soberano, sino de la multitud que tenga en cuenta que las reglas no son sagradas y pueden ser sustituidas por otras. Por otra parte Schmitt había escrito en el 60 que estaba terminando la época del Estado. Está en el ocaso, dice, vemos la luz del Estado como vemos la luz de una estrella muerta. Y agregué que desaparecía el más extraordinario de los monopolios: el de la decisión política. Señalar este fenómeno de ocaso del Estado no significa decir: fantástico, está el Foro de Porto Alegre... No. También está Al-Qaeda.

-En su nuevo libro habla de la naturaleza del mal. ¿El mal necesita a la soberanía o la soberanía necesita al mal?

-La soberanía ciertamente tuvo necesidad del mal, pero el problema es que la soberanía es un modelo de poder que intentó expeler definitivamente el mal de la vida social. Obviamente no pudo. Pero dijo: donde comienza mi dominio no existe más el mal. Lo cual no era cierto e hizo que la soberanía misma pasara a ser parte del mal. La cuestión del mal, para mí, es la cuestión de saber que si expeliéramos el mal de nuestra vida dejaríamos de ser humanos. En el sentido de que el mal es también lo que nos permite cambiar nuestra forma de vida. La capacidad de innovar.

-¿Entonces esa esfera pública que se construye fuera de la estatalidad funciona como una negación de la negación?

-Sí. Porque la negación comporta la posibilidad de decir: vos no sos un hombre. La esfera pública es como si dijera: nosotros tenemos un modo de entrar en relación unos con otros en la cual, pese a tener en cuenta esa posibilidad - de decir: vos no sos un

hombre - la frenamos, la negamos. Negamos la negación. Como se ve: el lenguaje es a la vez veneno y antídoto. Veneno porque hace fallar o al menos puede hacer fallar el reconocimiento recíproco y sin embargo puede también restablecer el reconocimiento recíproco negando la primera negación.

-¿Y cree que se puede construir esa nueva esfera pública en un espacio como el que se generó en América latina con sus gobiernos "progresistas"?

-La idea que yo me formé es que representan una novedad verdadera y absoluta en lo que se refiere a un cambio en las relaciones entre clases sociales, en términos de quién tiene el poder o de cómo se distribuye la riqueza. Pero creo que no hay que hacerse muchas ilusiones. Ellos mismos dicen: ningún gobierno puede construir una sociedad distinta. Se puede apreciar a un gobierno porque abre los espacios en los cuales los sujetos sociales construyen algo distinto. Pienso que la unidad de medida es cuántos y qué espacios abren objetivamente a la capacidad de innovación de los muchos. No le pediré nunca a un gobierno que cambie el mundo. A un gobierno se le piden otras cosas. Una de esas cosas es que mantenga abiertos los espacios para, entre comillas, la creatividad y la capacidad de innovación de los muchos.

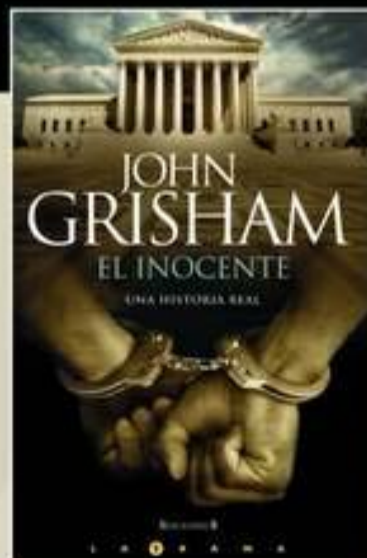
-¿Y qué esferas se construyen hoy en Europa?

-La Europa de hoy está más atrásada que América latina desde ese punto de vista. Si miramos a Francia, Alemania, Inglaterra hoy no hay movimientos sociales realmente fuertes e innovadores. Y los gobiernos presentan una incertidumbre extraordinaria. O sea que se da una situación de estancamiento. La centroizquierda italiana es interesante en escala pequeña por su actuación en el plano internacional. Pero también hay que ver que las peores

leyes sobre la precariedad del trabajo fueron hechas por el gobierno de centroizquierda anterior.

-En Cuando el verbo se hace carne usted retoma la polémica entre Chomsky y Foucault de 1971 sobre la naturaleza humana y también dictó una conferencia en Buenos Aires sobre ese tema. ¿Por qué sigue vigente?

-Porque se trata de señalar una impasse de la cual todavía no salimos. La incapacidad se muestra en la inexistencia de un nexo entre materialismo naturalista y materialismo histórico. El materialismo naturalista es, de base darwinista, el que dice que nuestra especie es una especie animal entre otras con características propias. El materialismo histórico dice que las relaciones sociales se basan en conexiones materiales entre cuerpos y son capaces de cambiar en el tiempo, la Historia. Ahora, entre estas dos formas de materialismo se ha perdido la relación. Si uno es naturalista, no es histórico; si es histórico, no es naturalista. En el diálogo, Chomsky es un naturalista que no comprende la historia de la política; mientras que Foucault comprende la historia de la política pero no tiene ninguna relación con los aspectos de nuestra especie que son invariantes. La apuesta de un pensamiento filosófico hoy, para mí, sería el de salir de la impasse de ese diálogo y pensar en una relación, no superficial de compromiso o de modales, sino una relación esencial profunda invariante en la naturaleza humana y en cambio mutante entre meta-histórico y máximamente histórico. Podríamos llamar historia natural a esa nueva situación. Una consideración de la naturaleza humana que no tiene en cuenta a la historia fracasa sobre el terreno de la naturaleza. Y una consideración de la historia que no tiene en cuenta los aspectos invariantes o naturales no es parcial y falla en el terreno de la historia.



LANZAMIENTO DICIEMBRE

La nueva novela de

JOHN GRISHAM

EL INOCENTE

A VECES, LA REALIDAD SUPERA LA FICCIÓN...

EDICIONES B
GRUPO ZETA